

# **Marineros de altura**



**Kenshinkan dôjô 2017**

En el transcurso de nuestra primera juventud hubo unos años en los que un grupo de amigos alimentábamos un sueño verdaderamente increíble, uno de esos proyectos capaces de ilusionarnos y hacernos vivir nuestras vidas a pleno pulmón, pues tomar partido en él suponía no solo romper con lo establecido, sino alejarse del mundo conocido embarcándose en una gran aventura: un largo viaje que prometía cambiar el rumbo de nuestra existencia.

Junto a quienes eran mis mejores amigos, pretendíamos -nada más y nada menos- que dar la vuelta al mundo en un velero y, para rizar más el rizo, habríamos de construir el barco nosotros mismos, con nuestras propias e inexpertas manos.

Durante más de un lustro, planeamos nuestra aventura, compramos libros, hablamos con quienes sabían, soñamos con nuestra ruta y fortalecimos nuestra amistad.

Nuestro periplo tenía un trasfondo que enlazaba con el estudio de las Artes Marciales que ya practicábamos con pasión desmedida. Queríamos navegar los océanos pero, también, aprender el Budô que perseguíamos, para lo cual seleccionamos algunos de los lugares que resultaban emblemáticos a nuestro parecer:

- California (vanguardia de nuevos sistemas).
- Japón (cuna del Bujutsu).
- Hong Kong (vivero de las Artes Marciales Chinas).

El proyecto tenía nombre propio, contando, además, con el diseño del barco y la programación de la ruta, una trayectoria establecida minuciosamente que tocaba puertos de América, Asia y África.

Serían cinco años de exploración, estudios y descubrimientos.

La vida se nos adelantó, mostrándonos responsabilidades no buscadas, dedicaciones y obligaciones que nos alejaron, definitivamente, de aquel sueño de juventud. Nos hicimos mayores, viajamos por medio mundo, estudiamos y enseñamos Budô, pero nunca llegamos a hacerlo a bordo de un velero. Nuestro proyecto quedó sumido en el olvido, anotado, sólo, en los márgenes de los libros de BUP y COU, donde yo aún guardo, apuntalados, los más de treinta puertos en los que habríamos de recalar circunnavegando el mundo.

El dibujo de nuestro barco y la ruta proyectada aún permanecen enmarcados en el interior de mi propio dôjô, y ahí quedarán, varados, como recuerdo imborrable de lo que un día pretendimos vivir y como una muestra más de nuestro amor por el Budô.

Años más tarde, uno de mis amigos –éste sí, un verdadero marino- volvió a Badajoz después de años de viajes transoceánicos.

Desde nuestro primer reencuentro, hasta otros posteriores, que se fueron sucediendo con el transcurrir de los tiempos, cada vez que regresaba de sus viajes solía venir a la que entonces era mi casa, situada a las afueras de Badajoz, en medio

de lo que era pleno campo y hoy es una de las urbanizaciones más pobladas de la Ciudad.

En aquel lugar, reunidos en torno al fuego de la chimenea, nos hablaba del mundo, del mar y de su vida espiritual.

En efecto. Viajar lo había convertido en un auténtico maestro del Arte de Vivir, y cada vez que se daba aquella circunstancia yo la aprovechaba escuchándole con auténtica devoción.

Mi amigo estuvo entregado a una empresa deportiva durante unos años, dirigiendo la Federación Extremeña de Karate, pero yo creo que su espíritu vislumbró siempre otros horizontes, unas perspectivas que le hicieron abandonar, definitivamente, aquel puesto organizativo y dirigir sus energías hacia proyectos de mayor libertad.

De entre todas las anécdotas que compartió con nosotros, recuerdo tres a la perfección. Las mantengo en mi memoria por ser tres historias que registramos en una conversación que giró en torno al Budô.

La primera de ellas surgió a raíz de un comentario acerca de una idea: "Cualquier lugar puede ser un dôjô y no existe excusa alguna para no practicar si no se dispone de un lugar acondicionado para ello".

Él había llegado al Caribe en su velero y fondeado en una pequeña y apartada isla deshabitada. Recaló allí, después de una difícil singladura a través del Océano Atlántico. La vida resultaba sencilla y todo lo que tenía que hacer durante la jornada era bucear una o dos veces y pescar lo necesario para comer o cenar. Eso, tomar el sol, pintar y sentirse pleno de felicidad, eran sus ocupaciones.

Una mañana, cuando subió a cubierta después de haber dormido plácidamente durante toda la noche, se encontró con una agradable sorpresa: en la ensenada había otro barco anclado, y frente a la embarcación un hombre practicaba katas de Karate.

Dispuesto a un encuentro inmediato, tomó la iniciativa acercándose a saludar. El karateka resultó ser un joven francés que había sido campeón de Karate de su país. Un buen día había decidido cambiar de vida, emprendiendo un viaje alrededor del mundo en su propio velero. Aquella era su primera escala.

Para mi amigo, la oportunidad se presentaba después de meses de inactividad.

Sí. En cualquier lugar, en cualquier momento, un espacio puede transformarse en dôjô.

*"Aquella fue la última vez que practiqué Karate", me dijo.*

La segunda anécdota estaba relacionada con el estado de *zanshin*, tan frecuentemente utilizado en Budô y Bujutsu. Sí. *Zanshin* es ese concepto que nos exige, serenidad, control, atención y confianza en nosotros mismos.

Mi amigo había remontado el Amazonas y atracado su barco en un pequeño puerto junto a otros veleros de distintas nacionalidades. Se reunían así para hacer fuerza y sentirse seguros ante la amenaza de bandas organizadas especializadas en robos y secuestros de viajeros y aventureros.

Después de cenar, acordaron las guardias de vigilancia y regresaron a sus barcos.

Él tuvo suerte en el reparto, la noche de su llegada le tocó descansar, cayendo esta responsabilidad en una familia de cuatro miembros: padre, madre y dos hijos menores de edad.

Durante la noche ocurrió un hecho que demuestra, fehacientemente, no sólo el hecho mismo de la plena atención, sino, también, la necesaria seguridad en uno mismo de la que hablaba anteriormente.

El hijo mayor del matrimonio, un chico de apenas catorce años, estaba haciendo la guardia en cubierta, cuando escuchó cómo varios miembros de un grupo armado de delincuentes se acercaban a los barcos. El chico cargó su fusil y permaneció atento a cualquier movimiento intimidatorio por parte de los agresores. Imperturbable en su puesto de vigilancia, el joven mantuvo a raya a los malhechores con su sola presencia de ánimo y, claro está, con el arma bien cargada de munición. Esa tensión sostenida duró más de dos horas hasta que, finalmente, los ladrones desistieron y marcharon raudos del lugar. El muchacho tuvo tiempo entonces de descargar su arma y relajarse.

Permaneció allí, en cubierta, sin decir nada, inmutable, seguro y firme. Sólo, al ser relevado por su padre varias horas más tarde, contó aquel joven lo sucedido.

*“¿Te parece un buen ejemplo de auténtico zanshin?”* –preguntó mi amigo.

La tercera experiencia de la que me habló surgió a raíz de un comentario sobre el *Satori*, ese estado de iluminación espiritual que se persigue en el contexto del Budô tradicional y del Zen.

Hablábamos de llegar a una meta deseada y de cómo quisiéramos arribar a ese estadio para quedarnos varados, alejados ya de batallas, de lenguajes menores, de entelequias y mentiras para vivir, sólo, en el espacio y en el tiempo que nosotros considerábamos verdaderamente real y auténtico.

Yo saqué a colación el comentario de aquel maestro querido, que me confesó un día en el interior de mi propio dôjô que no le importaría morir en aquel mismo instante en el que nos encontrábamos, disfrutando, del Budô que amábamos. *“Durante toda mi vida he querido llegar a este lugar”*; me confesaba el Sensei, que no hablaba de un punto en el espacio, sino de un verdadero *“estado del alma”*.

Mi amigo contó una situación sobrecogedora, que hilaba con ese momento de completa comunión al que se refería el Sensei.

El hecho acaeció en el norte brasileño, donde estaba atracado esperando buenos vientos para dirigirse hacia el mar Caribe. Sentado en la proa de su velero vio llegar

una embarcación sin capitán. El buque, sin dirección, quedó finalmente varado en el arrecife.

¿Qué habría ocurrido?

¿Dónde estaba el marino que habría de conducir aquel navío fantasma?

Mi amigo creía que aquel hombre podría haberse quedado, definitivamente, en el mar, y no por accidente, sino por propia voluntad.

Sí. Podría haber ocurrido en uno de esos momentos que sólo los navegantes de altura conocen bien, un instante fugaz en el que todo resulta ser tan perfecto como deseado.

Esa circunstancia –un verdadero estado del alma que muchos persiguen- podría haber sido lo suficientemente intensa como para que aquel navegante solitario se dejara ir por la borda de su velero, para así fundirse con ese azul infinito en el que, siempre, habría soñado morir.

*“Es otra forma más de entender el satori del que me hablas”*; concluyó mi amigo.

Kenshinkan dôjô 2017